



Crónica del yeltsinismo

Roy Medvedev

La Rusia post-soviética

Título de la edición en inglés: Post-Soviet Russia: A Journey through de Yeltsin Era.

Columbia University Press, 2000.

Traducción del inglés: Ramón Ibero.

Paidós. Historia contemporánea, 22.

Barcelona, 2004.

383 páginas.

Teléfono 91-3942404

Fax 91-3942499

Dirección postal

Papeles del Este.

Departamento de Economía Aplicada I. Pabellón de 2º Curso.

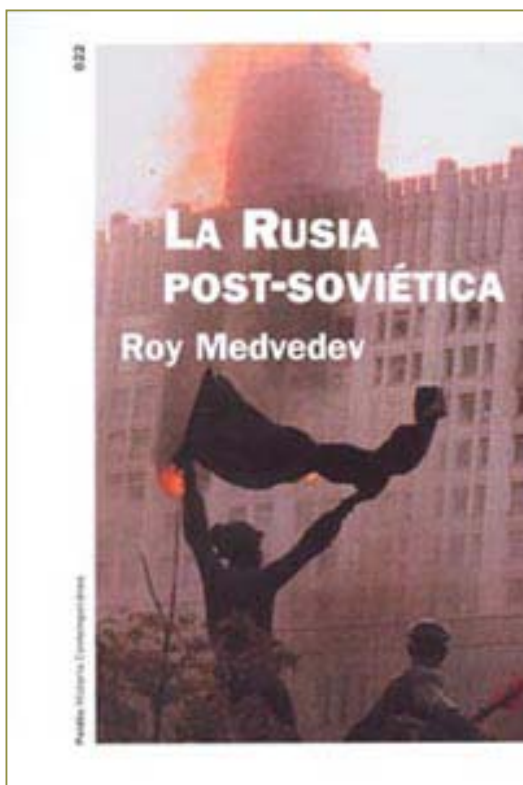
Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales.

Campus de Somosaguas. Pozuelo de Alarcón. 28223 Madrid. España.

Correo electrónico

Información general: papeles@ccee.ucm.es

Administrador de Web: papeles@ccee.ucm.es



Publicada originalmente en 2.000 en inglés aparece ahora en España la crónica del yeltsinismo de Roy Alexandrovich Medvedev, historiador ruso que ha escrito sobre todos líderes soviéticos y rusos del siglo XX. Solo en los últimos tres años ha conseguido publicar en Rusia tres trabajos biográficos sobre Vladimir Putin.

No es esta exactamente una biografía, sino un gran reportaje de la década clave de los noventa, la del hundimiento y desmembración de la Unión Soviética y la conversión de Rusia y del antiguo espacio soviético al capitalismo.

Conocido y respetado en los medios anglosajones y en algunos periodísticos españoles como “historiador disidente”, Medvedev no había sido publicado jamás en España. Su acercamiento a Yeltsin lo hace

en estrictos términos profesionales y no por simpatía hacia el personaje, que le produce más “aversión que interés”, según una entrevista a *The Moscow News*, 22-1-05, algo que afortunadamente no se siente demasiado en la lectura, lo cual es de agradecer.

Al menos en la introducción Medvedev le concede haber accedido al poder por medios democráticos, el único gobernante ruso o soviético del siglo XX que lo ha hecho, pero aún más haberlo abandonado antes de tiempo sin mediar ninguna revolución o golpe de Estado. Un acontecimiento realmente histórico a pesar de lo que se pueda escribir sobre esos años.

En el tono del libro prevalece el periodista bien informado sobre el historiador. Muchas de sus opiniones sobre los protagonistas y la situación las hace pasar elegantemente como comentarios de la prensa rusa. Algunos de ellos, francamente sabrosos, ayudan a retratar la situación y la idea del autor acerca de lo que acontece: por ejemplo, la revista *Itogi* escribe el 1 de septiembre de 1998: “Provisto de una increíble confianza en sí mismo, Chernomirdin se dirige valientemente... nadie sabe adónde”. O cuando utiliza un comentario de *Izvestia* para describir a Putin: “Sus

maneras sobrias, junto con la dureza de un hombre de organización, resultan más bien agradables en sí mismas, aunque se ven anuladas por la mirada fría, impenetrable e inteligente de sus ojos. Putin respeta rigurosamente el viejo y sabio dicho según el cual la lengua sirve para ocultar los pensamientos y las expresiones faciales para ocultar los sentimientos”. O cuando cita a Delovye Lyudi para desacreditar a Yegor Gaidar, un “profesional completamente americanizado” para quien muchos términos eran más fáciles de pronunciar en inglés que en ruso.

El libro arranca cronológicamente con las reformas inmediatamente posteriores al golpe de Estado de 1991, cuando la Federación Rusa se deshace de la Unión Soviética e impone un aterrizaje rápido en el capitalismo, la terapia de choque. Se nota que el primer lustro, 1991-1995, está más detallado que el siguiente, que prácticamente se consume entre una biografía política amplia de Guenadi Ziuganov (en la que no puede dejar de citarse uno de sus hallazgos fundamentales: el descubrimiento de una conspiración mundial contra Rusia gobernada por un anónimo “director” detrás de la escena) y la crisis de 1998, que liquidó al equipo más próximo a Yeltsin para dar paso al interregno de Primakov antes de emerger el desconocido Vladimir Putin.

Por la fecha en que fue escrito el libro tan cercano a los últimos días de Yeltsin en el poder, hay una imposibilidad evidente de ofrecer una valoración precisa del yeltsinismo. Aunque el libro se detiene en los acontecimientos políticos ligados a la transformación capitalista de Rusia, implícitamente los explica como resultado de las crisis económicas: la rebelión de la Duma y el bombardeo de la Casa Blanca en 1993 narrada de día en día vienen a ser el producto de la “transformación sistémica” de Yegor Gaidar; mientras el fin político de Yeltsin se debería a la crisis de 1998.

Bajo ese tratamiento, un suceso capital como la primera guerra de Chechenia apenas aparece en siete referencias marginales en todo el libro.

No ocurre lo mismo con los nombres propios de aquella década. Entre la galería de personajes, Gaidar, Chubais, Burbulis, Chernomirdin, Rutskoi, Jazbulatov, Nemtsov, Kirienko, Lebed, Primakov y Ziuganov, amén de Yeltsin y Putin, tan ligados al yeltsinismo.

Si bien la cronología y los hechos mandan sobre el análisis y los argumentos, hay análisis y argumentos. Medvedev cita de su propia cosecha diez factores que “impidieron la revolución capitalista”, cuyo enunciado remite más bien a unas condiciones objetivas, no sólo difíciles de ponderar, sino más grave, de superar,

porque hablan de la herencia soviética, incluido el complejo militar-industrial, de las dimensiones del país, de la falta de una idea nacional o una ideología de la reforma radical y del carácter débil y difuso de las fuerzas promotoras del capitalismo, mezcladas con otras que tienen que ver con la relación entre las reformas rusas y el mundo, como las “complejidades del mercado”, la “falta de recursos” y la “competencia con Occidente”.

A pesar de este intento personal de Medvedev por explicar algunas insuficiencias rusas, predomina la descripción sobre la explicación y con ella la sensación sobre el latrocinio y atropello generalizados que sufrieron los rusos del común ante las sucesivas reformas por las que muchos de ellos fueron condenados a la miseria, mientras las élites bien relacionadas con la antigua nomenklatura se enriquecían insultantemente.

En parte, lo desastroso de algunas políticas económicas y su elevado coste social, son explicados por carecer Yeltsin de un partido político que le diera una base, por el predominio de los métodos exclusivamente administrativos, impuestos a veces por la violencia. Tampoco existía un programa claro para la reforma, porque no había experiencias previas de las que echar mano. Eso sí, el autor menciona la responsabilidad compartida de los organismos financieros internacionales, sobre todo el FMI, porque ellos asesoraban al Kremlin y ponían su dinero.

La Rusia post-soviética ha sido publicado en España simultáneamente con La construcción del Estado, de Francis Fukuyama, en Ediciones B. El catedrático de la Johns Hopkins cita un interesantísimo comentario de Milton Friedman valorativo de aquellos años. Al principio de los noventa él aconsejaba tres cosas a los países de la transición del socialismo: “Privatizar, privatizar y privatizar”. Pero me equivoqué, admite a toro pasado el padre de la Escuela de Chicago. “Seguramente el Estado de Derecho –dice ahora Friedman-- sea más importante que la privatización”.

Luis Miguel Úbeda